

J. Katia Perdigón  
Castañeda\*

A N T R O P O L O G Í A

## A imagen del hijo, presencia de Dios

*Cumplidos los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre Jesús, el cual le había sido puesto por el ángel antes de que fuese concebido. Y cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos conforme la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalén para presentarle al señor...*  
(San Lucas 2: 21-22)

**C**on esta frase, la Iglesia católica en México recuerda, desde la época colonial, un acontecimiento importante en el ciclo calendárico religioso, con el cual renueva anualmente uno de los mitos fundamentales de la infancia del hijo de Dios. Conocido como el día de la Candelaria o la Purificación, se trata de la liturgia que celebra la presentación de la Virgen María al templo el día 2 de febrero, cuarenta días después del nacimiento de Jesús. Inicialmente la fiesta tuvo carácter penitencial y purificadorio, donde las personas se acercaban al sacramento de la penitencia o hacían procesiones con velas encendidas. Después, esta celebración presentó algunos cambios, pues los padres de familia acercaron a sus hijos pequeños para que recibieran una bendición, haciendo más hincapié en la presentación del niño que en la purificación de María.

De esta manera la religión, como fenómeno histórico surgido del desarrollo institucional y mitológico-ritual en torno a los dioses, ejerce un compromiso entre el mito y lo real, en el que también hay un compromiso con la existencia. En esta festividad sucede un fenómeno de capital importancia, la presencia viva de Dios, que goza no sólo de una realidad subjetiva, sino de una cierta autonomía objetiva.

La escultura de Dios antropomorfo, gracias a la institución eclesiástica, asegura relaciones de intercambio, compromiso, seguridad y beneficio. Siendo el hombre quien le sirve, alimenta, le ofrece sacrificios, le canta alabanzas y dirige sus plegarias para que, en contraparte:

\* Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural, INAH. Texto presentado en el *II Congreso Internacional de Antropología desde la Frontera Sur*, Universidad de Quintana Roo, 12-14 de septiembre de 2007.



Fig. 1. Cuidados brindados al Niño Pa, en Xochimilco.

[...] le aseguren sustento, éxito, protección, victoria e inmortalidad. El mito, el rito, la magia y la religión garantizan un compromiso, no sólo con el medio ambiente exterior, sino también con las potencias zoológicas, un compromiso interno, en el interior del espíritu humano, con sus propios fantasmas, su propio desorden, su propia ubris, sus propias contradicciones, su propia naturaleza en crisis.<sup>1</sup>

En México, la fiesta se ha caracterizado desde hace varios años por la presentación de la imagen del Niño Dios al templo para que sea bendecida junto con algunas velas y los niños de la familia.<sup>2</sup>

Sin embargo en la ciudad de México, cosmopolita, moderna, es donde desde hace varios años se lleva a cabo un asombroso acto de fe: la tradición de la presentación en el templo de la figura del Niño Jesús case-ro para su bendición.<sup>3</sup> No se sabe desde cuándo o quién inventó esta forma particular de celebración en la que las esculturas son vestidas especialmente para la ocasión, sea por el dueño de la imagen o la madrina asig-

<sup>1</sup> E. Morín, *El paradigma perdido*, Barcelona, Kairós, 2005, pp. 168-169.

<sup>2</sup> Tomando en cuenta las palabras del anciano Simeón, que en el Evangelio llama a Jesucristo “luz para alumbrar a las naciones”, en las procesiones se utilizaban velas encendidas, lo que dio origen a lo que se llama también “día de las velas”, “día de las candelas” (candela = vela), o “día de la candelaria”; José J. Aguilar, *Guía para medios de comunicación*, México, Subdirección de Radio y Televisión del Arzobispado de México, 2005, p. 2.

<sup>3</sup> Fecha relacionada con la ingesta de tamales, cuyo antecedente data de obtener el niño, figurilla o muñeco de la Rosca de Reyes.

nada desde el arrullo de la celebración de la navidad. Estas vestiduras se suelen cambiar anualmente por otras nuevas, y al paso de los años ha sufrido modificaciones de acuerdo con las modas, réplicas de imágenes milagrosas o adecuaciones a la cultura popular urbana.

Si bien esta celebración de la Candelaria recuerda un momento histórico del pasado en pleno siglo XXI, la presencia de estas esculturas en los hogares ciudadanos genera relaciones cotidianas ligadas a los dones entre el Dios y el devoto, ya sea con la adquisición de nueva indumentaria, o la colocación de milagros, oraciones en pos de un milagro o en agradecimiento ante un prodigio. También se da un fenómeno especial: la adopción del Dios mismo para integrarlo a una familia, sea instituida y establecida con padre, madre e hijos o bien solamente con una madre.

Objeto de culto, la escultura del Niño Jesús o Niño Dios (como lo denominaré más adelante), adquirido por herencia, compra o regalo, representa la presencia de Dios en el hogar a la vez que es parte de la familia, es un hijo en manos de la madre adoptiva.

#### La evidencia

La evidencia o constatación tangible de la hipótesis de maternidad manifiesta en una escultura de yeso, madera o resina, yace en las imágenes capturadas en el trabajo de campo en relación con esta festividad, con las entrevistas y el comportamiento de los sujetos ante este objeto-símbolo. La expresión corporal también confirma el hecho, por la forma de mirar, sujetar, acariciar, besar, arropar, arrullar, platicarle a la escultura, lo cual sucede de forma similar a lo que hace una madre con su hijo.

Es entonces que “el comportamiento corporal debe entenderse como una fusión de conciencia y comportamiento espacial: tristeza o alegría, confianza o desconfianza, temor o cólera, que están en los modos de ser en el mundo, en los gestos y actitudes en que se manifiestan”.<sup>4</sup> Es así como la corporeidad de la mujer que posee al Niño Dios expresa su existencia total, su presencia

<sup>4</sup> Aída Aisenson, *Cuerpo y persona. Filosofía y psicología del cuerpo vivido*, México, FCE, 1981, p. 98.

como sujeto portador en un espacio temporal, cargado de significado y de identidad, además de verse implicado en un campo social, religioso y familiar.

Se da asimismo una proyección de maternidad. Al Niño Dios se le coloca una significación como fenómeno individual, donde se transfiere esa necesidad.<sup>5</sup> Esta transferencia de principios es individual, y no sólo se ve ligada a la maternidad sino también a la familia y al cuidado del infante, como puede observarse en el caso del Niño Pa, imagen religiosa venerada en Xochimilco, sobre la cual se dice posee pasiones, tiene necesidades y capacidad de movilización propia (fig. 1)

Esta proyección nos ayuda a comprender que si bien el niño necesita de padres para su cuidado, como infante juega y hace bromas. Necesita cambiarse diariamente de sus vestiduras, es menester arrullarlo para que descance, es importante alimentarlo y, por si fuera poco, requiere una habitación propia. Si se enferma, es obligado sanarlo, de lo contrario podría ponerse grave y su vida extinguirse. Toda esta metáfora nos lleva al cuidado de la materia, de la madera y la pintura que posee.<sup>6</sup>

El encanto que nace del objeto simbolizado es el que permite que el observador imagine con él; que sea depósito de ilusiones, genere sentimientos, además de ser interlocutor. Por lo tanto se conciben movimientos al exterior de la escultura, muchas veces sin necesidad de palabras, tan solo la actitud que se tiene ante la imagen demuestra una carga de significado, donde la imagen se asemeja a un niño de carne y hueso.

<sup>5</sup> La lógica de la transferencia de principios (*schémas*) que hace de cada técnica corporal una especie de *pars totalis*, predispuesta a funcionar según el paralogsimo *pars pro toto*, a evocar por tanto en todo momento el sistema total del que forma parte, confiere un alcance general a las observaciones aparentemente circunscritas y circunstanciales; H. Islas, *De la historia del cuerpo y del cuerpo a la danza*, México, INBA-Conaculta, 2001, p. 109.

<sup>6</sup> J. Katia Perdigón, "La transformación de un espacio profano en sacro. La eficacia simbólica de una escultura", en Vladimir S. (coord.), *Epifanías de la etnicidad. Estudios antropológicos sobre vírgenes y santos en América Latina*, Bogotá, Humanizar, 2002, p. 303.

<sup>7</sup> La tradición del rebozo, con altibajos, se ha conservado, si bien es la prenda por excelencia de las mujeres del pueblo, en especial de las campesinas; la que adorna los cuerpos gentiles de las



Fig. 2. Traslado del Niño Dios para que "oiga misa".

Un ejemplo sencillo es la actitud de cargarlo en un rebozo,<sup>7</sup> prenda de manifestación popular del pueblo de México que evoca recuerdos líricos del arrullo, de abrigo y acercamiento con la madre. O el uso de un aditamento típico para transportar a los niños pequeños en la ciudad como es la carriola, para trasladar al Niño Dios hasta el templo con la finalidad de "que el niño oiga misa". Ambas formas de transportar a la escultura implican tal vez la asociación de infante con la madre y la seguridad que de ella emana. Pero también, simplemente puede ser una forma tradicional y sencilla de llevarlo consigo. El caso es que el dato queda registrado en esta investigación (fig. 2).

muchachas en los días de campo; la que caracteriza el atuendo de la mujer del pueblo de México. No sirve solamente para cubrirse la cabeza o para cruzarse sobre el pecho como simple adorno. Es también cuna provisional de los niños pobres; pañuelo en que las mujeres enjugan sus lágrimas, canasto improvisado en que las indias llevan al mercado las verduras, cubierta del infante que duerme tranquilo junto a la madre que trabaja; Sebastián Verti, *Tradiciones mexicanas*, México, Nana, 1997, p. 379.



Fig. 3. Reflejo de la “proyección madre-hijo” hacia el Niño Dios.

La imagen del Niño Dios, ¿es la presencia de Dios en el hogar o es alguien más de la familia?

Esta fue una de las preguntas hechas en el trabajo de investigación tanto a dueñas de imágenes como a sacerdotes. La respuesta general nos llevó a ambas, implica dos percepciones, un principio de correlación religiosa y una concepción familiar, que bien pueden operar separadamente, al mismo tiempo o bien puede llevar una a la otra.

Aunque en entrevistas los sacerdotes certifiquen que tener la imagen de Jesús infante en casa es beneficiarse de la presencia de Dios, ante la pregunta específica de por qué vestir al Niño Dios, el padre José de Jesús Aguilar comenta:

En este tiempo cercano al día 2 de febrero no es raro ver en algunos lugares el siguiente anuncio: SE VISTEN NIÑOS DIOS. Y es que en nuestras familias estamos acostumbrados a compartir lo que tenemos con las personas que amamos. Por esta razón, así como cuando festejamos a alguien nos preocupamos de que ese día estrene ropa, también queremos que el niño Jesús estrene ropa el día de la fiesta, porque lo consideramos parte de la familia. Esto es algo que debemos valorar: sentimos a Dios parte de nuestra familia.<sup>8</sup>

Lo que observamos es que el acto de bendecir a la imagen escultórica del Niño Jesús, conlleva a una tradición familiar, a la relación de los padres con los hijos

<sup>8</sup> José J. Aguilar, *op. cit.*, p. 2.

para proveerles de casa, vestido y sustento, en tanto que “niños y niñas cuando vienen al mundo son seres desvalidos, cuya supervivencia depende totalmente de cuidados maternos: alimento, limpieza, afecto”.<sup>9</sup> Esto refiere a la debilidad, condición inherente al niño y dependencia de los cuidados. Por lo tanto conlleva al deber de amar e implica una relación sociocultural, en donde una biología relacionada con la reproducción se convierte en un compromiso; “estamos destacando el hecho de que biológicamente, sin amor, sin aceptación del otro, no hay fenómeno social[...]”<sup>10</sup>

Las esculturas que representan al Niño Dios tienen por diseño<sup>11</sup> la forma de un infante recién nacido, o bien hasta los siete años de edad (aproximadamente). Por lo tanto, es la representación de la formación del primer núcleo familiar (relaciones entre hermanos, relaciones madre-hijos), lo mismo que del universo afectivo del niño.

La tesis propuesta en este caso es que el hecho de que la mujer propietaria del Niño Dios (sea esposa, madre, hija, viuda, divorciada o soltera) transfiera a la imagen la imposta de infante a la escultura, manteniéndose en una maternidad continua (aunque todavía o nunca haya estado en ella), se trata de una prolongación o estadía del periodo maternal y por ende, se traspasa el estadio infantil al objeto escultórico, es decir, se otorga un significado de vivencia. Se construye una estructura sociocultural fundada en el afecto. “La prolongación de la infancia favorece la complejidad social y se ve favorecida por ésta.” La madre, que lleva a cabo una individualización de sus hijos cada vez más acusada, quiere “que sigan siendo niños el mayor tiempo posible”.<sup>12</sup> Esta fantasía de apego, de maternidad perenne parece muy sugestiva sobre todo para quien tiene una maternidad frustrada. Sobre todo si tomamos en cuenta que:

<sup>9</sup> Antonela Fagetti, *Mujeres anómalas. Del cuerpo simbolizado a la sexualidad constreñida*, México, BUAP-IPMGEP, 2006, p. 32.

<sup>10</sup> H. Maturana y Francisco Varela, *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano*, Buenos Aires, Lumen, 1984, p. 164.

<sup>11</sup> El diseño es entendido como la delineación de la figura, la planificación de la apariencia del producto fabricado a través de un proceso mecanizado o artesanal.

<sup>12</sup> E. Morín, *op. cit.*, p. 98.



En la educación de las niñas y jóvenes, en su formación como mujeres, la maternidad sigue siendo el núcleo en torno al cual se estructura la identidad femenina. Los hijos constituyen su razón de ser, son los que le otorgan un significado a sus vidas, en su crianza las mujeres vierten todo su potencial, expresan emociones y sentimientos que involucran intensamente su existencia como mujeres y como madres. La maternidad es fuente de alegría y satisfacción, pero también implica sufrimiento y aflicciones.<sup>13</sup>

Lo que vemos en la ciudad de México del siglo XXI es que el cuerpo y la mente de la mujer están inmersos en la cultura, donde la sociedad, mediante la educación que prescribe, impone un uso determinado del cuerpo.<sup>14</sup> Pese a las aperturas y nuevas disposiciones de vida y cotidianidad de género, aun se concibe el predominio mujer-madre en algunos sectores de la población.

Es posible que la proyección madre-hijo, en relación con el cuerpo imaginado de carne y hueso, se encuentre registrado en el contacto con la “piel” (como experiencia temprana del sujeto en la vida real), lo que implica una relación social que remite a lo cálido y a la suavidad. Si bien se trata de piel de yeso, madera o plástico, la evidencia de contacto con esta escultura evoca la atracción irresistible de tocar a un bebé y a los sentimientos de ternura que despierta esta situación. Es entonces que se habla de las sensaciones de quienes cargan al Niño Dios; que son sujetos con propiedades particulares, privadas, ligadas en mente y cuerpo con la sociedad a la que pertenecen.

En otras palabras, el objeto de culto genera sensaciones de acuerdo con las características físicas que lo relacionan con un bebé; la forma en que genera sentimientos depende de las particularidades del sujeto que lo carga o lo viste, es decir, a la impronta que la cultura ha dejado en mente y cuerpo (fig. 3).

Esto se evidencia en la forma más sencilla de abrazar, besar a la imagen o platicarle para que se deje vestir. Así se muestra en la entrevista con Adela Martínez,

<sup>13</sup> Antonela Fagetti, *op. cit.*, p. 291.

<sup>14</sup> J. Le Boulch, *Hacia una ciencia del movimiento. Introducción psicokinética*, Buenos Aires, Paidós, 1989, p. 32.



Fig. 4. Acto de vestir al Niño Dios.

Objeto  
(Niño Dios)

- \* genera estímulos
- \* produce sensaciones
- \* se percibe como niño de carne y hueso

quien se dedica a vestir Niños Dios desde hace ocho años en uno de los locales de la Romería Tradicional de Niños Dios, quien expresó: “siento ternura como si estuviera vistiendo yo un bebe [...] Cuando no se dejan vestir, según dice la gente, es que se sienten incómodos con esa ropa, que ellos mismos escogen el vestuario que ellos quieren. Cuando no se dejan vestir, les trato de hablar, yo les platico, los chiqueo, porque ante todo son bebés, ¡los chiqueo y ya se dejan vestir [...]” (fig. 4)

Al respecto de la vestimenta, es interesante ver a estas “madres sustitutas” comprar ropa de bebé, desde camiseta y calzoncitos hasta mamelucos, trajes de bautizo, ropones, conjunto de pantalón y chambrita. O bien accesorios tales como biberones, sonajas, pelotas y otros juguetes. Ello como un refuerzo de la idea de infancia corporizada que se otorga a la escultura; y por

otro lado siguiendo las “normas” dictadas por la iglesia católica mexicana que marca las pautas a seguir: al ser la imagen de la infancia de Jesús se debe de vestir de niño o como alguna de sus advocaciones.<sup>15</sup> Pero también es fascinante ver caminar por las calles de la ciudad a distintas mujeres felices llevando en brazos a su Niño Dios. Para ellas vestirlo representa: “mucho orgullo porque yo misma le hice su vestido”, o bien “felicidad porque pude vestir a mi niño”, de la misma forma, “ya bien porque lo arreglé y lo vestí, ya no me siento mal”; para otras “representó un sacrificio para poder ahorrar para vestirlo, pero lo pude hacer”.

Lo que vemos en estas mujeres es, por una parte, el reconocimiento social, una paz interna por “haber cumplido con su niño”. Pero a la vez que se sienten identificadas con otras mujeres que llevan a cabo la misma práctica de religiosidad popular, también les significa sacrificio,<sup>16</sup> pues se invierte tiempo, dinero y esfuerzo para lograr vestirlo.

Una vez más vemos la similitud con la realidad de la maternidad, en la que si bien al cuidar al infante se satisface el deseo de cuidar a alguien, también se vierte todo su potencial afectivo. Esta carga se hace más pesada cuando la pobreza hace difícil la tarea de curarlo (repararlo) y vestirlo. Pero tras el sufrimiento viene la satisfacción.

### Beneficiarse de Dios para tener un hijo

**R**etomando la pregunta, ¿la imagen del Niño Dios es la presencia de Dios en el hogar o es alguien más de la familia? Presento a continuación, otro hecho curioso, el beneficio de tener y procurar al Niño Dios para tener la gracia de procrear un niño de carne y hueso.

<sup>15</sup> Los sacerdotes en la liturgia de la celebración del 2 de febrero, día de la Candelaria, refuerzan la idea de que Cristo nació y fue niño, y que como niño hay que vestirlo. Este hecho ha dado como resultado que en los últimos tres años se ha incrementado la compra y venta de diseños de ropa de bebés en el circuito comercial referente a esta festividad.

<sup>16</sup> “El sacrificio constituye el más revelador de los universales neuróticos del comportamiento humano. Desde el mayor sacrificio al sacrificio cotidiano, a través de la inmolación del hijo querido, de la virgen inocente”; E. Morín, *op. cit.*, p. 169. Es así que las mujeres tienen un espejo con la propia Virgen María, madre de Jesús, quien sufrió por su hijo.

En el trabajo de campo se encontraron algunos casos en los que algunas parejas han comprado o les han regalado estas imágenes con el afán de procreación. He aquí dos elementos importantes, la relación Dios-objeto humanizado, con características sobrenaturales, capaz de ejercer poder sobre la biología de la mujer estéril y la mujer con cuerpo anómalo que necesita aferrarse a sus oraciones para obtener un milagro. “La mujer estéril es una mujer desdichada, posee un cuerpo anómalo, infecundo, como un terreno estéril que no ha producido nada. Es mujer anómala la que no posee calidad de mujer femenina[...] una mujer incompleta.”<sup>17</sup>

En los casos entrevistados de mujeres casadas que no habían concebido hijos, el sentimiento de culpabilidad, los problemas con la pareja o familiares salieron a relucir; y la tabla de salvación es la oración o realizar mandas a cambio del milagro. Incluso se encontró en el trabajo de campo con una comerciante que lleva vendiendo sólo ropa de bebé desde hace tres años como parte de su petición a Dios.

Sin embargo, no sólo las mujeres están afligidas por este hecho. En la festividad del pueblo de la Candelaria Coyoacán, se registró el caso de un padre con su hija, quien llevaba un Niño Dios vestido de ángel, que comentó que gracias a su Niño nació su hija, y como ésta a su vez llevaba varios años intentando, decidieron vestirlo de angelito para pedirle nuevamente un hijo, “porque los niños son angelitos” (expresó en la entrevista).<sup>18</sup> En este caso, el padre y la hija quienes acuden

<sup>17</sup> Antonela Fagetti, *op. cit.*, p. 309.

<sup>18</sup> Aquí yace también el concepto de niño como angelito, que representa la armonía y el bienestar de la pareja. “Gracias a ellos descendiendo sobre la casa y la familia la bendición divina, porque son intercesores por sus padres ante Dios”; Antonela Fagetti, *op. cit.*, p. 295. Aunque la tradición cultural católica llama angelito a quien murió después de bautizado y antes de tener “uso de razón”, el término pone de manifiesto la pureza extrema del pequeño a ser libre del pecado original, por el bautismo recibido, y la firme creencia de que el niño entrará de manera inmediata al paraíso. Esta convicción es precisamente la que hace aparecer como natural la coexistencia de sentimientos contradictorios en los padres que han perdido un hijo: el dolor por su ausencia y la alegría de saber que el niño vive para la eternidad; Gutierrez Aceves, “Los niños celestiales”, en Beatriz Mackenzie (coord.), *La muerte niña*, México, MUPAVI/Hacienda/SCGJ/Instituto Cabañas/GEP, 1999, p. 29.



Fig. 5. El Niño Dios vestido de "angelito".

al templo con la escultura para pedir un miembro más para la familia, en ausencia de la madre por enfermedad (fig. 5).

Si bien a la imagen del Niño Dios se le pide por tener un hijo, también se le implora por los hijos, por su salud, seguridad, que se porten bien, que no anden en malos pasos, "que más milagro de que me traiga con bien a mis hijos diariamente", me comentó la señora Guadalupe Cervantes, quien tiene en su casa la imagen del Niño Mueve Corazones, al cual le pide con mucha fe por el bienestar de su familia. Ella, por cierto, además de referirse a sí misma como una buena madre y buena católica de familia, recuerda que cuando era niña la imagen del Niño Dios era referencia obligada para los niños de su época con la finalidad de que se portaran bien.

#### Consideraciones finales

Es interesante observar cómo un objeto cultural, producto de la idiosincrasia del pueblo mexicano, especí-

ficamente de la ciudad de México, tiene la magia de producir emociones y sensaciones en los propietarios. El cuerpo de materia inerte, símbolo divino, es un receptáculo de deseos, frustraciones y agradecimientos. Por un lado, asociado a las peticiones de las necesidades, problemas y carencias de los devotos y, por otro, el que la imagen genera la ilusión de la maternidad.

La importancia radica en que un objeto hueco, hecho por el hombre, puede transitar por diversos niveles, tanto como objeto de observación, como generador de sentimientos y de representaciones; es también objeto reliquia, entretenimiento pasajero que se codifica anualmente en la fiesta de la Candelaria, a diferentes niveles de descripción a través de lo sagrado y lo profano, entre lo real y lo imaginario.

Si bien los propietarios de los Niños Dios piensan de forma similar en cuanto a la representatividad de la imagen y a la tradición de la devoción de vestir la escultura para el día de la Candelaria, conforme a lo establecido por generaciones y por la institución eclesiástica, individualmente experimentan sensaciones, persiguen sus propias metas, aterrizan ilusiones, practican habilidades, cambian conceptos y generan sentimientos.

La imagen del Niño Dios, construido de la misma forma que un ser humano en el estadio de la infancia, tiene un fuerte impacto ante quien lo posee, un contenido mágico ritual que los propietarios hacen suyo. Se vive como un cuerpo con significado, lo que permite alimentar una relación familiar con el acontecimiento físico-biológico de la maternidad.

A este niño de materia inerte se le visualiza como verdadero, se le otorgan valores culturales asociados a la infancia, tales como: "se le pone ropita para que no tenga frío", "se le cambia la ropita para que no se ponga triste o se enoje", "mi niño Dios ya cumple tres años con los mismos padrinos así que ya lo podemos sentar". Se les escucha a las señoras decir: "no comadre, no se puede cambiar de padrino hasta el tercer año", o "los padrinos son los que escogen y pagan el trajecito".

En relación a este hijo, Dios humanizado, se crean vínculos familiares, de cohesión social, de pertenencia, redes de ayuda mutua y en un plano primordial, se genera una metáfora de maternidad.